

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
Fundador: D. Manuel María de Santa Ana.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS
UNA FOLIO A LÍNEA
Los anuncios de primera plana, redacción, etc., han de ser
referentes a Bancos y Sociedades, a precios convencionales.
Se reciben en esta Administración en la Sociedad General
de Anuncios, en la calle de Huelva, 3, y en la de la Bolsa (Paris)
y en todas las agencias de publicidad.
Con arreglo a la Ley cada anuncio pagará 20 céntimos por
impuesto de timbre.
ADMINISTRACIÓN, Factor, 7.

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN
MADRID: Edición de la mañana. 2 Ptas. Mes.
PROVINCIAL Y PORTUGAL. 2 Ptas. Trimestre.
EXTRANJERO. 12 Ptas. Trimestre.
ULTRAMAR. 12 Ptas. Trimestre.
PRECIO DE LA VENTA
Por menor. Por mayor.
5 céntimos ejemplar. 20 céntimos ejemplar.
MADRID, Factor, núm. 7.

AÑO XLIX.—NUM. 14.713

Madrid, Lunes 16 de Mayo de 1893

EDICION DE LA NOCHE

Los anuncios extranjeros para este periódico se reciben exclusivamente en la Sociedad General de Anuncios de España, Alcalá, 3 y 5, Madrid, y en Paris, Agencia Hays, place de la Bourse, 8.

Los ciclos imperator. Fábula. 125 céntimos. Boletín de protección ganadera. 125 céntimos. Boletín de protección ganadera. 125 céntimos.

ÚLTIMA OBRA DE GÁLDOS
EPISODIOS NACIONALES A DOS PENSAS TOMO
ZUMALACARREGUI
Primer tomo de la tercera serie.
APARECERÁ LA SEMANA PRÓXIMA
SE REGIBEN ENCARGOS EN LA ADMINISTRACIÓN
BOETAL, 24, 132, BAJO.

Gran éxito!
EL SANTO DE LA ISIDRA, del maestro Torres.
París, París, y números de los ZORAYA, editor,
51, Carrera de San Jerónimo, 51.

NOTA DEL DÍA

DE LA CRISIS

Pasó el día del santo, con la buena noticia del combate librado frente al puerto de la Habana.

Pasará el día presente discutiendo los republicanos, más que la cifra del presupuesto de gastos, la doctrina de la organización de los servicios.

No cabe duda que semejante discusión es lo que nos hace ahora muchísimo falta.

Mayor acierto tiene el Sr. Pi y Suñer, que, sea como quiera, y más o menos erróneamente, discurre sobre el asunto de la paz o de la guerra. Bien es verdad que el Sr. Pi es uno de los gobernantes que han sabido encontrar en los discursos meramente políticos.

Decía el jefe de los federales a los racionalistas del partido radical, en los días de la revolución de setiembre, que por mucho que se imagine y se invente, cuando se gobierna es preciso volver a los caminos del sentido común.

Parece ahora que este buen sentido debería aconsejar la aprobación de los presupuestos en el menor tiempo posible; pero no lo entienden así las minorías radicales, y bien estaría que así no lo entendieran si propusiesen alguna mejora y disminución en los tributos, la supresión de algunos gastos que no fueran precisos, demostrando la conveniencia de la economía, algo, en fin, que respaldara a la necesidad del alivio que reclaman los contribuyentes. Pero todo lo que nos recetan para mayor consuelo son discursos y más discursos, palabras y más palabras.

El aplazamiento de la solución que puede darse a la crisis no será ciertamente muy largo. En estas cosas la lentitud y el tiempo hacen bien su labor. Los primeros anuncios impresionan; las primeras noticias ponen en movimiento a todo el mundo.

Poco a poco cede la tensión de los nervios, se calman las impaciencias, queda reducida la excitación excesiva y una curiosidad más o menos impaciente; y al cabo de los días que se suceden, hasta se disipa la atención, se inclina el ánimo a la indiferencia y se hace público el común sentir, reducido a que se resuelva pronto la cuestión sin parar mientes en la manera, o a no interesarse poco ni mucho en las soluciones definitivas.

Realmente, ese es el momento más favorable para reanudar un gobierno.

Y no se hará esperar, decimos, el acuerdo final, porque estamos a dos dedos de aquel instante adecuado y oportuno, para las aspiraciones del presidente.

Háblase de si entrará o no entrará en el gobierno la derecha del partido. No sabemos si lo convendrá, ese nombre el señor Montero Ríos, que ha sido el mayor revolucionario de la legislación del país, o al señor Gamazo, que proclamó la necesidad de votar la ley del sufragio universal, o al señor Maura que presidió la comisión de la ley del Jurado, o a los tres que fueron partidarios de las primeras reformas radicales en Cuba, y tan radicales que de muchos se vio abandonado el Sr. Maura en la defensa de su proyecto y hubo de dimitir su cargo de ministro de Ultramar.

Si esto es derecho, la izquierda no sabemos qué podrá ser andando el tiempo.

No. En el partido liberal se borranon hace tiempo las precedencias. Las suprimió el Sr. Sagasta, poniéndose al frente de todos los más avanzados impulsos de su partido, de haber cambiado dichos al enemigo.

Así es que ni para hoy ni para mañana será necesaria la combinación de los lugares por el asiento de cada parte de la agrupación que gobierna, toda ella democrática, y toda comprometida para siempre en la defensa de las libertades necesarias, con una amplitud que obliga ya a los conservadores a pensar en su rectificación y enmienda.

Por lo mismo, la crisis se explicará por juicios particulares y razones que expongan los dimensionarios, pero de ninguna manera por diferencias sustanciales en la doctrina política del partido.

COMENTARIOS

CUBA

Anteayer estaba conveniendo el general Blanco de que el bloqueo de la Habana era una mera ficción sostenida por tres buques mercantes únicamente. Sin duda para cerciorarse y disipar el fantasma salieron fuera del puerto el Venadito y el Nueva España, cuando ya habían acudido a aquellas aguas otros cinco buques, tres de ellos de guerra; pero debían ser estos de infima calidad, sobre todo respecto a tripulación, por cuanto nuestras dos bisarras nuevas salieron de la pelca incógnitas y más bien satisfechas de haber causado daños al enemigo.

De esto se deduce que la presencia de la escuadra de Cervara en aquellos mares ha producido gran alteración en la conducta del enemigo. ¿Qué no sería si todavía fuese posible enviar a las Antillas la escuadra de reserva? Respetamos las razones que impidan hacerlo, si es que las hay; pero no nos resolvamos a aplaudir medida alguna que tienda a disminuir nuestras escasas fuerzas navales, y no en un concepto táctico (que pudiera ser conveniente), sino en el concepto estratégico, cosa siempre funesta en la historia militar.

En otro lugar del periódico se inserta una noticia de mucha transcendencia: la de que pudiera haber preliminares de concierto entre los importantes grupos de insurrectos cubanos y el gobierno insular. No garantizamos el hecho; pero si aseguramos que la noticia procede de buenas fuentes, y que no es uno de tantos infundios de que no debe hacerse caso. Si llegan a confirmarse en su totalidad, o si siquiera en buena parte, equivaldría con creces en favor nuestro al desastre de Manilla en la cuenta corriente de ganancias y pérdidas de la campaña. Sin hacer caso omiso de ello, no tiene la cosa suficiente estado para glosarla con detenimiento.

FILIPINAS

También por este lado se achaca al horizonte un tanto en lo que es decisivo; la actitud de los indígenas. Bien ha hecho el

gobierno en tratar de influir en tal actitud, encomendando al general Augustin gestiones fundadas en el planteamiento de reformas, que después de todo era cosa implícitamente acordada desde la paz de Biatabán, y casi necesaria desde hace mucho tiempo.

El problema de las reformas filipinas no es tan claro como lo era el de las reformas antillanas; en Cuba y Puerto Rico, a un pueblo tan educado como el peninsular, conveniente el mayor grado posible de independencia compatible con la soberanía de la Metrópoli; al pueblo filipino, atrasado en general, y de diferentes grados de cultura, es muy difícil asignarle el grado de vida autonómica conveniente.

Nosotros, fundados en el atento estudio de los más concienzudos y desinteresados escritores, y en la observación de lo que pasa en la colonia holandesa de Java, nos inclinamos a creer que conviene dar una organización tal, que el elemento aristocrático indígena (sucesor del patriarcal, que encontró en el archipiélago la civilización española) se sienta suficientemente honrado y favorecido en su acción administrativa y política para que, sin celos del elemento peninsular, y solo subordinado a la parte más selecta y elevada de este, contribuya al progreso del resto del país, enlazando esa idea de progreso con la de necesaria lealtad a la metrópoli.

G. A.

DERECHOS PASIVOS.

La junta de clases pasivas ha hecho durante la segunda quincena de abril las siguientes declaraciones de derechos pasivos para la Península:

D. Manuel Pavia y González, jubilado, con 6.800 pesetas.

D. Juan Fernández Caballero, ídem, con 5.100.

D. Calixto Varela de Montes, ídem, con 4.000.

D. José María López y González, ídem, con 4.000.

D. Fernando Quesada y Muñoz, ídem, con 4.000.

D. Manuel Raboulé Isasi, ídem, con 3.000.

D. Manuel Veiter y Tapia, ídem, con 2.800.

D. Manuel Gil y Maestre, ídem, con 2.800.

D. Antonio Díaz Juzo, ídem, con 2.000.

D. Toribio de la Mota y Chaves, ídem, con 2.000.

D. Candido Soci y Romero, ídem, con 1.200.

El Rigault de Genouilly.

Con motivo de las manifestaciones de simpatía hechas por el crucero francés de este nombre a la marina española, al tiempo de zarpar de Puerto Rico, recuerda un colega que el citado buque lleva su denominación en recuerdo del almirante que en la campaña de Cochinchina (1858 y 1859) tuvo el mando de las fuerzas aliadas franco-españolas, en las que se cubrieron de gloria combatiendo juntas las tropas y marinas de ambos países.

En el escalafón general de nuestro ejército figuran aún muchos de los que en esa guerra tomaron parte, entre ellos el general de brigada D. Luis Escario y Molina, que asistió a ella prestando servicio como ayudante español del propio almirante Rigault de Genouilly. Dicho general, teniente coronel entonces, fué herido en la toma de Saigon, y obtuvo como recompensa el grado de coronel por el gobierno español y la cruz de la Legión de Honor por el gobierno francés.

El almirante Rigault de Genouilly tenía un gran concepto de las tropas españolas, a las que elogió frecuentemente en las órdenes del día.

Ahora, los marinos del buque que lleva su nombre han podido ver de cerca el valor de los defensores de San Juan de Puerto Rico, y han demostrado ostensiblemente su entusiasmo y simpatías.

LA GUERRA

DE NUEVA YORK

FOR EL CABLE
(DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL)

El cable del Sur de las Antillas.—La escuadra española.—Amenazas yankees.—Noticias contradictorias.

Nueva York 15.

Coméntase aquí mucho la noticia que acaba de recibirse de haberse cortado el cable entre las islas de San Vicente y Santa Lucía, en el mar de las Antillas.

La circunstancia de hallarse estas islas entre la Martinica y Caracas, por donde ha pasado ahora la escuadra española, ha hecho creer a muchos que acaso algún destructor de la escuadrilla ligera del Sr. Villamil sea el autor del siniestro.

Otras personas relacionan el hecho con las amenazas dirigidas a las autoridades de la Martinica por haber acogido, aunque momentáneamente, a un buque español, y sospechan que puede haberse cortado el cable desde tierra en una de las islas de San Vicente o Santa Lucía.

Se reciben noticias muy contradictorias sobre el paradero de la escuadra española. Las últimas transmitidas por el buque del *Herald* se refieren a la isla de Curazao. Otras noticias hablan de la llegada a Pernambuco (Brasil).

Dos órdenes seguidas transmitidas a la escuadra del almirante Sampson han sido anuladas por medio de las salidas de nuevos buques avisos.

Continúa el descontento en las oficinas de la secretaría de Marina.

El Sr. Polo de Bernabé ha salido va del Canadá.

Azor.

DE LONDRES

FOR TELEGRAMA
(DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL)

El acorazado Carlos V.—Noticia de Cayo Hueso.

Londres 15.

Un telegrama de Gibraltar pone en duda que el acorazado español *Emperador Carlos V* acompañe a Filipinas a los demás buques de la escuadra de reserva, mandada por el contraalmirante Sr. Cámara.

LA CUESTIÓN EUROPEA

FOR TELEGRAMA
(DE NUESTRO CORRESPONSAL PARTICULAR)

La alianza inglesa-americana.—El propósito del emperador.—La voz de alarma a Europa.

Berlín 15.

Más que la noticia del discurso de Mr. Chamberlain, ha causado sensación la que da un periódico de Londres, *Pall Mall*, asegurando que antes de un mes se habrán roto las hostilidades entre Francia e Inglaterra.

Aquí se cree firmemente que el emperador Guillermo no está dispuesto a pasar en silencio la amenaza que se hace a Europa de realizar la alianza entre Inglaterra y los Estados Unidos.

Prepara, pues, el emperador una manifestación solemne y aparatoso contra dicho proyecto, que será con la señal de alarma dada a las grandes potencias de Europa.

Holdzmann.

Berlín 15.

Corre muy acreditado en círculos diplomáticos que el gobierno ruso está muy disgustado de la tendencia de Inglaterra a comprometerse en alianza directa con los Estados Unidos.

Añádes que el czar se ha puesto de acuerdo con el emperador Guillermo para una acción común contra dicha alianza, que representa en realidad una amenaza a Europa.

Créese muy probable aquí que la cancillería rusa haya dirigido alguna nota a España haciéndola saber la actitud del gobierno ruso, y quizá dejándola enterar la posibilidad de algún apoyo concreto y directo.

Holdzman.

DE PARIS

(DE NUESTRO CORRESPONSAL PARTICULAR)

Fiesta en honor de España.—Para nuestros soldados heridos.

Paris 15, 914 m.

La recepción celebrada ayer en el suntuoso hotel de la vizcondesa Janc, ha estado concurrentísima.

Se fijó, como dije ayer, precio de entrada, destinando la recaudación al socorro de los soldados españoles heridos en campaña.

En el libro de oro se hicieron numerosas inscripciones con donativos en metálico.

Le Gaulois cuenta que un caballero inglés puso sobre una de las banderas un billete de cien francos y escribió en el registro: «Un miembro del Parlamento».

BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

LA ROCA SANGRIENTA

73

La niña se llamaba Susana. Aquello era lo único que quería decir.
En su interior trataba de disculpar su mentira.
¿Acaso Susana no era en efecto su hija? ¿No la quería con toda su alma?
En seguida cambió de conversación.
Dijo que era menos desgraciada desde que respiraba el aire puro del país.
No debía haberse marchado de Bretaña; ¿cuántas desgracias hubiera evitado!
¡Virgen! ¡Virgen!
Y a cada paso repetía esta frase, exclamación propia de los bretones en sus calamidades.
¡Virgen! ¡Virgen! ¡Dios! ¡Dios!
Este es el grito que sale de los labios de los bretones, lo mismo en sus alegrías que en sus dolores.
¡Virgen! ¡Si había sufrido ornamente!
Lo contó todo.
La muerte de su marido, espachurrado por un tren y el final de su segundo, asesinado por un bandido de los bosques.
¡Y, sin embargo, era un hombre excelente!
¡Y le habían matado!
¡Virgen!... ¡Virgen!
Por eso se había apresurado a huir. No había dicho nada a nadie.
¿Para qué? ¿Le conocían acaso!
¿Cuánto había sufrido!
¡Virgen! ¡Virgen!
Pero se sentía aliviada desde que había pisado el suelo de su país.
Allí siempre había tenido su idioma en la cabeza, el recuerdo de sus rocas, las barcas y el mar ante sus ojos.
Sólo aquí podía encontrarse bien.
Durante unos momentos se expresó con locuacidad en su querida lengua, olvidando casi su duelo, cuyo recuerdo no debía tardar en despertarse más agudo, más punzante.
Poco a poco la taberna fué quedándose desierta.
Los pescadores se fueron los unos después de los otros, estrechándola la mano y diciéndola:
—Nosotros no te haremos daño. Siempre has sido una buena muchacha... Hasta puedes encontrar trabajo si quieres en las tierras del castillo, que te ayudará a vivir... La señora tiene muy buen corazón.
—¿Está buena todavía?
—Bastante.
La señora era la viuda de un oficial de marina.
El castillo era unas ruinas con torrecillas

y techos blanqueados por las brumas saladas de la costa.
A los lados había dos edificios y era propiedad del castillo una gran extensión de landas que se extendían hasta las inmensas marismas de Etel.
El castillo y la señora se llamaban de Kerdaniel.
Ni el uno ni la otra eran ricos.
La señora de Kerdaniel tenía un hijo, muy joven aún, que acababa de entrar en un colegio de Quimper.
Vivía en su posesión con dos criados, un aldeano que labraba las tierras de las cercanías de la casa, y una criada que se ocupaba del arreglo interior.
La dueña estaba siempre de excelente humor; no gastaba casi nada para ella misma, y distribuía sus economías entre los pobres.
Esta era toda su historia.
La viajera se quedó sola frente a frente con Liego el tabernero, que daba enormes chupadas de su inmundicia y negra pipa.
La cena de la cliente no estaba aun servida.
El buen hombre se impacientó, golpeó el suelo con el pie, y sus zuecos, al golpear con las losas de granito, produjeron un estrépito bastante grande.
—¡Josefa!—gritaba.—¿Vas a acabar, si ó no? ¡Es muy tarde!
La criada del tabernero, una criada de piel de color de ladrillo, llena de arrugas, aunque no tenía más que cuarenta y cinco años, de cabellos y cejas negruzcos, una boca con dientes amarillos, y una cofia sobre sus cabellos torcidos como un cable, llegó sin apresurarse, y colocó sobre una mesa poca limpia, la primera parte de la comida de Petra y de su nieta.
Primeramente sirvió una sopa de ajo, después un plato de merluza, y patatas cocidas.
El tabernero llevó su taburete al lado de la mesa de la viuda, y dijo:
—Hija mía, no vas a comer como el señor gobernador; pero esto te hará recordar tu juventud. Aquí andamos siempre lo mismo de dinero. Mal andabas tú cuando tu pobre padre murió. ¿Te acuerdas?
Petra contestó con amargura:
—Sí.
Aquella había sido un terrible accidente, pero para esos seres nacidos para la miseria y la mala suerte, no hay nada imprevisto, y los que sufren no se irritan contra el destino.
El preciso momentose.
El padre era marino.

da, que iba seguida de una docena de aldeanos de ambos sexos, comprendió y dijo:
—¿Sois su mujer?
Inclinó la cabeza diciendo con ella que sí, porque la voz se ahogaba en su garganta.
—Allí—dijo señalando con la fusta—hacia el bosque, pero sería mejor que no fuérais.
Y añadió al mismo tiempo que designaba a unos veinticinco pasos de la Estrella:
—Allí le han matado, y no sería difícil adicionar de donde ha salido el tiro.
Y añadió entre dientes:
—Pero no querrán saberlo. Les está permitido todo. Según parece, el difunto no gozaba de la mejor reputación. Mal ha escapado el pobre.
La bretona no le escuchaba ya.
La pobre se había precipitado entre la maleza como una res perseguida por los ladridos de los perros.
Poco después oyó ruido de voces, y vio a una docena de hombres vestidos de negro, a unos cuantos guardas con el uniforme del castillo de Villetombe y a unos seis u ocho obreros reunidos alrededor de un macizo, formando círculo, declarando sobre el encuentro.
Comprendió muy mal lo que decían, porque no había podido acostumbrarse a hablar el francés, porque había venido desde el fondo del Morbihan para casarse con el guardabarrera, que también había perecido de una manera tan trágica.
Sin embargo, comprendió una pregunta que un magistrado dirigía a un guarda, cuya cabeza sobresalía de entre las gentes allí reunidas.
—¿Cuál es vuestra opinión, Herman?
—Entre este hombre y alguno de sus cómplices había habido una rifa, é indudablemente éste no ha sido el más fuerte ó estaba peor armado.
—¿Aquí ha debido ser donde le han matado!
—¿Quién sabe! Yo supondría que le han matado a alguna distancia y lo han arrastrado hasta aquí; pero como ha llovido tanto esta noche, las huellas han debido desaparecer...
—¿No habéis oído nada?
—Nada... El viento era muy fuerte...
—Vuestra casa está a poca distancia...
—Es verdad; pero estaría durmiendo...
El guarda añadió:
—No he oído nada; porque de lo contrario, hubiera venido inmediatamente.
—Basta.
El hombre vestido de negro se dirigió a otro le dijo:

—Oscuro es este asunto.
Su compañero refunfuñó:
—Difícil va a ser ponerlo en claro... En estos bosques y por la noche...
Y mentalmente pareció añadir:
—No sé si vale la pena el preocuparse. ¡La víctima merece poco interés!
En aquel momento se produjo un incidente.
La viuda, que había permanecido inmóvil escuchando el murmullo de la conversación de aquellas gentes reunidas alrededor del muerto, se precipitó entre ellos, y cayendo de rodillas delante del cadáver le rodeó el cuerpo con sus brazos.
—¡Blast mío, querían tu muerte, y sin embargo no hacías daño a nadie!
Se volvió y examinó la herida; la sangre que manchaba su chaqueta se había coagulado. Le besó las manos nerviosamente y fijándose en aquellos ojos sin expresión y vidriosos, y en aquel rostro arañado é irguéndose furioso, miró al alemán cara a cara y le dijo:
—¡Asesino!
Y con el brazo estirado le señalaba a los jueces repitiendo con rabia:
—El es, sí, él es. Os lo juro. El es, el maldito.
Pero sus palabras eran ininteligibles.
El guarda que en un principio se había estremecido recobró su energía y contestó:
—Está loca. Si hubiese sorprendido cazando a este hombre, le hubiese denunciado y nada más.
Y añadió con generosidad:
—¡Pobre mujer, la compadezcáis! Su primer marido murió en un accidente y el segundo se la escapó de la misma manera.
Motivos hay para que pierda la cabeza.
Se aproximaba la noche.
Las sombras se esparcían por el bosque.
No existían dudas sobre las causas de aquella muerte.
Los magistrados parecían muy contrariados por aquel asunto.
Aquel desgraciado no merecía tantas molestias. Podían perder buenas amistades y agradables relaciones.
Además, podía hacer ruido, entablar polémicas, y a juzgar por las apariencias, todo aquello era muy difícil de desmentar.
Se miraban unos a otros sin saber qué hacer. La bretona se dirigió al que parecía más imponente por la edad y los miramientos que los demás le guardaban.
—¿Me lo vais a dar?

da, que iba seguida de una docena de aldeanos de ambos sexos, comprendió y dijo:
—¿Sois su mujer?
Inclinó la cabeza diciendo con ella que sí, porque la voz se ahogaba en su garganta.
—Allí—dijo señalando con la fusta—hacia el bosque, pero sería mejor que no fuérais.
Y añadió al mismo tiempo que designaba a unos veinticinco pasos de la Estrella:
—Allí le han matado, y no sería difícil adicionar de donde ha salido el tiro.
Y añadió entre dientes:
—Pero no querrán saberlo. Les está permitido todo. Según parece, el difunto no gozaba de la mejor reputación. Mal ha escapado el pobre.
La bretona no le escuchaba ya.
La pobre se había precipitado entre la maleza como una res perseguida por los ladridos de los perros.
Poco después oyó ruido de voces, y vio a una docena de hombres vestidos de negro, a unos cuantos guardas con el uniforme del castillo de Villetombe y a unos seis u ocho obreros reunidos alrededor de un macizo, formando círculo, declarando sobre el encuentro.
Comprendió muy mal lo que decían, porque no había podido acostumbrarse a hablar el francés, porque había venido desde el fondo del Morbihan para casarse con el guardabarrera, que también había perecido de una manera tan trágica.
Sin embargo, comprendió una pregunta que un magistrado dirigía a un guarda, cuya cabeza sobresalía de entre las gentes allí reunidas.
—¿Cuál es vuestra opinión, Herman?
—Entre este hombre y alguno de sus cómplices había habido una rifa, é indudablemente éste no ha sido el más fuerte ó estaba peor armado.
—¿Aquí ha debido ser donde le han matado!
—¿Quién sabe! Yo supondría que le han matado a alguna distancia y lo han arrastrado hasta aquí; pero como ha llovido tanto esta noche, las huellas han debido desaparecer...
—¿No habéis oído nada?
—Nada... El viento era muy fuerte...
—Vuestra casa está a poca distancia...
—Es verdad; pero estaría durmiendo...
El guarda añadió:
—No he oído nada; porque de lo contrario, hubiera venido inmediatamente.
—Basta.
El hombre vestido de negro se dirigió a otro le dijo:

El funcionario encargado de la contabilidad instó al donante para que éste diera su nombre, pero el caballero juzgó conveniente mantener el incógnito y manifestó su situación política le impedía figurar en las listas de donantes.

Opinión de un prelado francés.—El dólar contra el valor.

Paris 16, 9 14 m. Dicen de Orleans, que monseñor Pagnis, obispo de Verdun, en el sermón pronunciado con motivo de la fiesta en honor de Juana de Arco, expresó su sentimiento de que Francia no pueda intervenir eficazmente en una guerra donde se ve a una potencia fin de siglo, que no tiene más ideal que el dólar, intentar atropellar tan brutal como injustamente a una heroica nación que es la guardadora de la fe, del ideal y del valor caballerescos.

El bloqueo de Cuba.

L'Éclair en un artículo consagrado al estudio de la fase actual de la guerra entre España y los Estados Unidos, declara que si la huida de los buques americanos de las aguas de Cuba, se confirmara, el bloqueo de aquellas costas no habría más remedio que declararlas terminadas.

DE PUERTO RICO

FOR EL CABLE (DE NUESTRO CORRESPONSAL PARTICULAR)

Sin novedad.—La flotilla en guerra.

No ocurre novedad alguna en esta isla.

Las consecuencias del bombardeo han sido nulas; los daños son escasísimos.

El capitán general Sr. Macías ha dado las órdenes oportunas para que la pequeña flotilla que allí existe coopere cuando sea conveniente o llegue el caso a la defensa de Puerto Rico.

No hay noticia alguna de nueva presentación de la escuadra ante esta ciudad; pero si el caso llegara, sería recibida como merece.

El entusiasmo aquí no decae ni entre los militares ni en el elemento civil.

El "Conde de Venadito," y el "Nueva España,"

Las primeras noticias recibidas sobre el victorioso combate naval que han sostenido dichos buques con los norteamericanos que habían quedado manteniendo el bloqueo de la Habana, de cuyo hecho dimos cuenta anoche a nuestros lectores, son los que leemos en el Herald de Madrid. La circunstancia de haber coincidido con la declaración de guerra un viaje a la Península de nuestro correspondiente en la isla de Cuba D. Blas Martínez, nos ha impedido recibir estas y otras noticias directamente; pero confiamos en que pronto quedará restablecido nuestro servicio especial.

Como toda la población había visto dar bordadas a varios barcos americanos frente a la Chorrera, pero fuera del alcance de las baterías avanzadas, se supuso que salían los buques, habiéndose choques, en condiciones de gran desigualdad.

El toque de las cornetas en las fortalezas; el ver a algunos generales dirigirse hacia las baterías y el paso de voluntarios hacia determinados puntos de la capital, hizo extender aquí el rumor y la gente en tropel, formando inmensa muchedumbre, para llenar los muelles, el pescante, el muelle de la Punta y toda la costa de San Lázaro hasta los baños.

Los trenes del Vedado se llenaron de curiosos que querían gozar del espectáculo en posiciones más avanzadas.

En efecto, a las cinco salió del puerto el cañonero Nueva España, llevando en el tope la bandera nacional, y poco después, y con la súa izada, el crucero Conde de Venadito.

La muchedumbre aplaudía frenéticamente; la marinería, silenciosa, como quien cumple misión sagrada en momentos solemnes, cuidaba de cumplir su cometido.

Aquellos dos barcos de guerra de pequeñas dimensiones, de escasa potencia, se internaron en el mar hasta perderse de vista.

El público que les vio partir quedó en silencio y vivamente impresionado.

Millares de personas tenían fijos sus ojos desde las torres, las azoteas y el litoral en la línea oscura del horizonte; durante media hora ni se veía ni se oía nada; pero trascurrido ese tiempo, se vio a los dos barcos españoles que se dirigían sobre tres americanos haciendo fuego nutrido y con marcha rápida; era ya un combate naval a la vista de la población.

El Nueva España y el Venadito acometían con decisión; los tres barcos americanos contestaban con fuego duro.

La muchedumbre aplaudía desde tierra; a cada disparo resonaba en todo el litoral un viva España que las ondas se encargaban de hacer llegar hasta los barcos españoles como alientos nuevos para el combate.

De pronto se vio que un barco grande del enemigo apagó sus fuegos, que rápidamente se le acercó otro, y amarrándole, se lo llevó con precipitación; el triunfo estaba conseguido!

Aparecen de pronto nuevos buques enemigos que acuden en auxilio de los suyos; los nuestros, gallardos, aéreos, combaten también contra éstos, que forman una división de cinco buques; ya desapareciendo el sol, dejando en el horizonte unas nubes rojas como el fuego.

El espectáculo es imponente, maravilloso, extraordinario.

En todas las baterías de la plaza se enfilan los cañones, por si el enemigo se acerca; salieron del puerto hasta doblar el Morro dos cañoneros más, por si acaso; los dos barcos Pinzón se disponen también a salir, pero el rápido crepusculo va desapareciendo y viene la noche, haciendo que cese el combate.

El Nueva España y el Conde de Venadito regresan al puerto sin avería alguna, y al estar en las orillas toda la Habana una ovación indescriptible y conmovedora.

Pocas veces se siente emoción semejante. La población, llena de regocijo, saludó a los marineros por esta feliz jornada, pues así puede calificarse esta salida y el combate sostenido contra enemigo superior, sin sufrir avería alguna, a cambio de haberlas producido de consideración en la escuadra americana.

Se nos dice, sin que podamos responder de la veracidad de la noticia, que según otros despachos particulares recibidos en Madrid, la confianza entre el vecindario habanero era tanta en nuestros barcos de guerra, que muchos remodeladores y vaporicos seguían a los dos buques de guerra para presenciar el combate, como si se tratara de una romería.

El Conde de Venadito es un crucero no protegido de segunda clase, de casco de hierro; mide 63,85 metros de eslora, 9,78 de manga y 5,94 de puntal, desplazando 1.189 toneladas. La fuerza de su máquina es de 1.500 caballos indicados, tiene una hélice, anda 18 millas por hora y su radio de acción es de 2.600 millas.

Consiste su armamento en cuatro cañones Honoria de doce centímetros, dos de siete, dos de cinco, cuatro de cuatro y dos tubos lanzatorpedos.

Su dotación es de 180 hombres, siendo capitán del barco D. Esteban Arriaga, capitán de fragata.

El Nueva España es un crucero torpedero con casco de acero. Mide 65 metros de eslora, siete de manga y 4,22 de puntal, desplazando 630 toneladas.

La fuerza de su máquina es de 2.400 caballos, tiene dos hélices y anda 19 millas por hora, siendo su radio de acción de 2.700 millas.

Su armamento consiste en dos cañones Honoria de 12 centímetros, cuatro Nordenskiöld de 37 milímetros, una ametralladora Nordenskiöld de 11 milímetros y dos tubos lanzatorpedos.

Su dotación se compone de 61 hombres, estando el barco mandado por el teniente de navío D. Eduardo Capelástegui.

Los telegramas recibidos de Nueva York dan cuenta de la gran impresión que han causado las declaraciones del comandante del Gussie, que como se embide mandó una de las expediciones que no logró desembarcar.

Dieho marino dice que no hay que forjarse ilusiones, porque los españoles tienen medios más que suficientes para rechazar en todas partes toda tentativa de desembarco, a no ser que se opere con fuerzas considerables.

Telegrafían de Cayo Hueso a The Standard que se trata de cegar al coronel Cortijo y a un capitán español que se hallan prisioneros en el fuerte de Macpherson por los dos periodistas americanos que cayeron en poder de las fuerzas españolas.

Madrid 16. A pesar de esto el discurso tiene indudable importancia como sintoma revelador del poco espíritu que se guarda para el derecho y de la facilidad con que pudiera complicarse la situación internacional.

CONSEJO DE MINISTROS

No comenzó hasta las seis y media de la tarde. Los señores ministros que llegaron con retraso a la Presidencia se excusaron por la necesidad que sentían de afeitarse y ensanchar sus palmones.

DE CUBA

TELEGRAMAS OFICIALES

Habana (sin fecha). (Recibido el 16). Capitán general a ministro Guerra: Crucero Venadito y cañonero Nueva España, han sostenido hoy frente a este puerto combate contra 5 barcos enemigos, obligándolos a retirarse, quedando dueños de las aguas del combate hasta después anochecido, a las ocho volvieron sin novedad al puerto, demostrando en esta operación tanto valor como pericia, que son dignos del mayor elogio tanto sus comandantes y oficiales como tripulaciones, cuyo espíritu es inimitable.

Coronel Rodríguez, en operaciones desde Güines, tuvo hoy encuentro en Los Cristales con partida de 800 hombres al mando de Mayra Rodríguez, Collazo y otros, tomando campamento y batiéndolos con muchas bajas; pudiéndose recoger 11 muertos identificados, 14 armas de fuego, machetes y municiones; teniendo la tropa un oficial contuso y 4 heridos.—Blanco.

Habana (sin fecha). (Recibido el 16). Novedades de ayer: En Pinar, guerrilla Santa Lucia, con infantería, rechazó al enemigo que dejó 2 muertos.

En Habana, guerrilla Mirio, en Jibaro y Potrero Noriega, dispersó grupo, cogiendo 5 caballos y efectos.

Acogidos, uno sin armas.—Blanco. (Recibido el 16). Logrado con salida y combate cañoneros ayer, objetivo propuesto; atraer aquí posible número barcos americanos, pues ayer mañana solo había 8 y hoy llegan a 10.—Blanco.

Habana 15. (Recibido el 16 a las 120 m.). Gobernador general a ministro de Ultramar. Día 14, a las once de la noche, enemigo reforzó durante tarde línea bloqueo con cinco buques, de los cuales tres eran de guerra.

Nueva España y Conde de Venadito salieron, obligándolos a retirarse, después de una hora de combate, quedando dueños de las aguas, hasta que regresaron puerto después de anochecido.

Comportamiento de tripulaciones, oficiales y comandantes, como siempre, ha sido el más bizarro.—Blanco.

Telegramas de Fabra.

Kingston (Jamaica) 15. Ha sido cortado el cable submarino entre San Vicente y Santa Lucia, al Sur de La Martinica.

Paris 15. A pesar de las noticias que acerca del paradero de la escuadra española publican los periódicos norteamericanos, la verdad es que no se sabe aun de una manera cierta donde aquella se encuentra, habiendo fundados motivos para creer que el almirante Cervera ha obrado con mucha habilidad para despistar a las fuerzas navales de los Estados Unidos.

Lisboa 16. The Times publica esta mañana un despacho de Nueva York diciendo que allí corre como muy válida la noticia de que la escuadra española mandada por el almirante Cervera se hallaba todavía en Curaçao, donde hizo carbón.

La verdad es que los informes referentes a la situación de dicha escuadra continúan siendo contradictorios. Londres 14. Los telegramas recibidos de Nueva York dan cuenta de la gran impresión que han causado las declaraciones del comandante

del Gussie, que como se embide mandó una de las expediciones que no logró desembarcar. Dieho marino dice que no hay que forjarse ilusiones, porque los españoles tienen medios más que suficientes para rechazar en todas partes toda tentativa de desembarco, a no ser que se opere con fuerzas considerables.

LA CORTE

Es ya cosa resuelta por S. M. la reina que se celebre acto alguno de corte con motivo de los cumpleaños de S. M. el rey D. Alfonso XIII.

LA CRISIS

La segunda parte del Consejo, y quizás la más extensa, fué dedicada a tratar de la crisis.

Después de haberse ocupado de todos los asuntos expuestos y aun haberse despachado algunos expedientes de poca importancia de diferentes ministerios, el Sr. Sagasta, abordó la cuestión interior del gobierno.

Sus palabras fueron encaminadas a evitar la crisis, y si esto no podía ser, como anoche indicábamos, a reducirla todo lo posible, y aun parece que se dirigió principalmente a convencer a algún ministro que sin duda estimaba de más difícil sustitución.

Todos los ministros hablaron sobre el particular, manteniendo un prolongado debate; los unos, para defender su deseo de retirarse; los otros, para sostener que aunque ellos dimitieran los demás no estaban en ese caso, y alguno, como el señor ministro de la Gobernación, para mantener la idea de que no debía plantearse la crisis porque no estaba justificada, y por lo tanto, todos debían continuar.

A pesar de esta discusión y de los argumentos del Sr. Sagasta, los ministros, de quienes tanto se ha hablado estos días, sostuvieron su decisión y entones todos presentaron sus dimisiones al Sr. Sagasta, autorizándole para que las ofreciese a su majestad la reina en el despacho de hoy.

Se guardó reserva sobre el particular, sin duda para que oficialmente tenga la Corona la primera noticia por el jefe del gobierno; pero no pudo ocultarse tanto que no se trasladara desde luego lo ocurrido.

Alguno de los ministros decía al salir, a quien le preguntaba sobre la crisis: "De eso no sé nada, ni se sabrá nada hasta mañana que hable el señor presidente. Yo solo puedo decir que por ahora no hay crisis, y nada más, porque en boca cerrada..."

Ni siquiera firmó anoche el Sr. Sagasta las comunicaciones a las Mesas de ambas Cámaras, que estaban extendidas, y que devolvió, diciendo que no había para qué firmarlas. Es de suponer que esta tarde las enviará después del despacho con S. M.

En éste se planteará oficialmente la crisis, dando cuenta el Sr. Sagasta de los acuerdos del Consejo y entregando las dimisiones de todos.

Probablemente, en el acto será encargado de reorganizar el ministerio, y de seguro que tratará de hacerlo en el plazo más breve que le sea posible.

La reorganización se hará sobre algunos de los ministros del actual gabinete, porque hasta ahora, que se sepa, no hay más que cuatro cuya oposición a continuar parece irreductible: los de Estado, Marina, Fomento y Ultramar.

También parece que el señor ministro de Hacienda ha mostrado mucho empeño en dejar de serlo; pero se espera que el señor

presidente pueda con nuevos esfuerzos legrar que continúe en su departamento. Y respecto a los candidatos, nada quiere decir, aunque se hablara mucho anoche, porque consideramos aventurado todo cuanto se diga.

MUERTO EN RINA

En el fiadero de consumos establecido a la entrada del cercano pueblo de Tetuán de las Victorias se ha cometido ayer tarde, a las cinco y media, un sangriento crimen.

Dos dependientes de consumos de dicho fiadero, llamados Ramón Collazo y Avellón y Felipe García, cuestionaron por motivo de la aprehensión de una bota de vino; llegaron a las manos, y encontrándose a la puerta de un ventorrillo de la calle de María de Zayas sacaron ambos a relucir las navajas, y Felipe García dió a Collazo una tremenda cuchillada en el pecho, que le hizo caer muerto en el suelo.

El agresor echó a correr a campo traviesa, no pudiéndosele coger en aquel momento.

El juez de guardia Sr. Martín estuvo en el lugar del suceso para levantar el cadáver.

Ayer dió a luz, felizmente, un niño, la señora marquesa de Valdeiglesia.

Ha llegado a Madrid la célebre ballarina Carolina Otero, acompañada de una amiga y dos caballeros.

Piensa permanecer unos cuantos días en Madrid y después de visitar a su madre, que reside en un pueblecito de Pontevedra.

La real Academia de la Historia ha adjudicado el premio a la virtud, instituido por D. Fermín Caballero, a D. Joaquín López Serrano, residente en esta corte, considerándole sus méritos superiores entre 21 concurrentes.

Ha fallecido a Madrid el periodista inglés Mr. Wilfred Pollock, correspondal en Madrid del Daily Mail.

En una choza de carboneros próxima a Montilla (Córdoba) se incendiaron las reses a una niña de doce años, sufriendo tan graves quemaduras, que falleció al poco rato de ocurrido el accidente.

Por la Dirección general de Telégrafos se están practicando los trabajos necesarios para publicar el nuevo escalafón del cuerpo, que ha debido darse a luz en 1 de enero próximo pasado con arreglo a las disposiciones vigentes.

Por un motivo insignificante se ha cometido un horrible crimen en la plaza de Santo Domingo de Murcia.

Hallándose el jardinero regando las plantas, se acercó un joven picándole un cigarrillo, y como aquél se lo negara, le infligió cuatro puñaladas que le produjeron la muerte.

El agresor se dio a la fuga, sin que se tenga noticia de haber sido detenido.

Ha fallecido en esta corte la señora marquesa viuda de Montemar.

Los padecimientos reinantes durante la última semana, según El Siglo Médico, han experimentado muy escasas variaciones, predominando los afectos gripales y manifestándose de un modo preponderante los reumatismos agudos y las artritis secas y deformantes.

En los niños son muy frecuentes el sarampión y la coqueluche.

Los fenómenos irritativos de dentición también se observan a menudo.

En los padecimientos crónicos continúan preponderando las manifestaciones congestivas y hemorrágicas.

A consecuencia del temporal que se sintió el viernes en San Sebastián, se desprendieron veinte metros del muro de la Zurriola, entre la parte últimamente compuesta y el primer rompeolas.

El gobernador dirigió anoche una circular a los delegados de vigilancia para que le tuvieran al corriente de cuanto se relaciona con el pan, al mismo tiempo que les prevenía que se recordara a todos aquellos panaderos que no elaborasen pan de familia, el compromiso que tenían contraído con las autoridades.

La Gaceta de hoy no contiene disposición alguna de interés general.

El interpelado miró a sus colegas, y dirigiéndose a un anciano, que debía ser el médico forense, preguntó: —¿Tenéis inconveniente? —¡Bah! —No hay necesidad de autopsia? —Ha muerto de un tiro; la cosa es evidente. —¿Entonces?... —Como queráis. Se puede enterrar. Uno de los magistrados dijo por lo bajo: —Si pudiésemos enterrar este asunto con él y fijándose en los conejos y en los faisanes, añadió: —Vaya un desastro. No era torpe el mozo. El jefe interpeló al guarda: —Este hombre era de Villennes? —Sí, señor. —¿Os encargáis de que le lleven a su domicilio? —Si lo ordenáis... El falso alsaciano saludó militarmente. —Hágase. Poco después el carruaje de alquiler se dirigía con su carga: los dos magistrados, el médico, el escribano y el alguacil. El escribano era un hombrecillo de aspecto tan lúgubre como un entierro de noche. —¿Qué pensáis de todo esto?—le preguntó uno de los magistrados. Con su voz cavernosa contestó: —Demasiado lo sé. —Decidlo entonces. —No vale la pena. —Sí, sí. —¿Para qué serviría? —Puesto que os lo pregunto... —Pues bien; la desgraciada viuda pudiera tener razón. —¡Bah! —Se han visto cosas más extraordinarias. Estas gentes defienden sus corrales, porque corrales puede llamarse a estos cazaderos, a mano armada. Si tuviesen ametralladoras y cañones, estoy seguro que las empleaban. —Pero no tendremos nuevas pruebas. —Hum, si quisieramos!... —No encontraríamos! —Hagamos fit como el gato—dijo el escribano con su voz cavernosa,—y echemos tierra sobre este asunto. Y añadió: —Lo malo es que si se acostumbran!... Un conejo que apenas vale seis reales, va a salir caro!... El escribano estaba en lo cierto. Cuando Herman Burg entró por la noche

en su elegante casita, donde vivía como un zorro en su madriguera, su cuadrada cabeza tenía una expresión de alegría que hubiese hecho saltar al juez de instrucción si hubiera podido verle. Pero a aquella hora de la noche el llamado juez de instrucción estaba sentado, delante de un hermoso fuego, en su despacho particular, después de haber hecho honor a una excelente comida. Y saboreaba como inteligente un excelente habano de primera calidad. Había tomado su partido. El muerto no era más que un merodeador vulgar y el juez no quería ponerse de espaldas con los propietarios de su distrito, dando pruebas de un celo intempestivo para descubrir las causas de la muerte del lacero. Y se decía con juiciosa diplomacia: —¿Qué iría ganando con eso! Sus órdenes habían sido ejecutadas concienzudamente. El cadáver del desgraciado Blas Rufin, colocado sobre unas angarillas por los obreros que le habían encontrado, atravesó por última vez los caminos de aquel bosque, que tan amenuado había explorado en la sombra. Triste cortejo. Cubierto con ramas, escoltado por hombres y mujeres, algunos de los cuales llevaban linternas, fué depositado en la habitación próxima a la que descansaba la hija de Teresa y del marqués de Bordes. Toda aquella noche la pobre bretona, dos veces viuda, veló al lado de su muerto, murmurando oraciones, destrozada por el nuevo duelo que caía sobre ella. Le acompañó después al cementerio, hizo clavar en el suelo una sencilla cruz de madera, con el nombre y la fecha de su asesinado, y tan pronto como estuvo libre, tan pronto como hubo cumplido sus deberes con aquel hombre tan inofensivo y tan bueno, vendió sus dos vacas a quien se las quisiera comprar, se deshizo de los pocos muebles, por lo que le quisieron dar sus vecinos, no conservando más que los indispensables para la niña, de la cual era la encargada, y dos días después del entierro de el último de los hermanos de la Butte-au-chien, se dirigió a la estación, tomó un billete de tercera clase y se marchó. Antes de su marcha había quemado algunos papeles que juzgaba inútiles y cuyo contenido ignoraba. Pero en una gruesa cartera de cuero amarillo se llevaba casi intacta la cantidad que

Juan Redon había dejado al leñador para el sostenimiento de la niña. Con aquella cantidad que ella creía inagotable, podían vivir muchos años en seguridad. Después de dieciocho horas, vestida de negro, con la niña entre los brazos, se dirigió a la estación de Auray, donde encontró un carricoche que por muy poco dinero la llevó a su aldea. Se llamaba Landeron. Es seguramente uno de los sitios más tristes que encontrarse pueden en la sombría Bretaña. Los acantilados de Carnac, que parecen por la noche a un ejército de gigantes escapados de su osario, se hallan muy cerca y a la izquierda de aquella aldea de pescadores, se encuentra la península de Quiberon, que se interna en el mar como un brazo que quisiera coger a Belle-Isle, que se distingue a lo lejos levantándose como una inmensa fortaleza que surge de las verdes aguas. La viuda del hombre asesinado en el bosque de Villennes, llegó allí una noche oscura en que la bruma envolvía aquellas cabañas primitivas construidas a orillas del mar y dominadas por rocas amenazadoras y sombrías de unos sesenta pies de altura. Hacía próximamente seis años que se había marchado de allí para casarse en el Oise con uno de sus compatriotas que la quería, hombre excelente y honrado, acostumbrado a la vida sobria y dura de los rudos pescadores, entre los cuales volvía. Había asistido a dos dramas que habían debilitado su razón. Creía que una especie de fatalidad le seguía los pasos, y que había causado la desgracia de aquellos que la habían amado hasta el punto de asociar sus vidas a la suya. Hablando con propiedad, no había taberna en Landeron; pero podía hallarse albergue en casa de un expendedor de ese odioso alcohol que destruye aquella provincia donde reinan la miseria y el hambre. Un pintor de brocha gorda, muy guasón, de paso indudablemente por aquel país, había pintado una muestra que representaba una langosta cocida, con este letrero debajo: El cardenal de los mares. Allí fué donde la viajera pidió albergue para ella y para la niña. El dueño era un hombre que distribuía con

serenidad sus venenos a los consumidores que colocaban diez céntimos por vaso sobre el mostrador, y se entretenían después jugando al dominó, hablando de los accidentes y de la suerte ó desgracia de su ingrato y tenebroso oficio. Cuando la viuda de Blas Rufin entró en aquella habitación ahumada, donde una media docena de bebedores, cubiertos con sus gorros de lana, vestidos con sus chaquetas hechas girones y calzados con sus botas altas de mar, y que se hallaban ocupados en beber sus vasos y fumando en unas pipas tan negras como el hollín de las chimeneas, ó mascando bolas de tabaco con silenciosas voluptuosidades, produjo un efecto de curiosidad. Un quinqué de petróleo iluminaba el conjunto, dando una luz parecida a la que puede dar un cabo de vela encendido en la nave de una inmensa iglesia. El dueño de la casa preguntó sin quitarse la pipa de la boca: —¿Qué deseáis? —Un cuarto, señor Legor, y cena para la niña y para mí. Allí se encontraba en su casa. Oía con alegría aquel idioma bretón, la lengua de los celtas, que tanto echaba de menos en Villennes, y que era como un bálsamo que le llegaba al corazón. Su voz chocó al tabernero. Casi en seguida se levantó diciendo: —¡Calla! ¿Eres tú, Petra? —¡Claro que sí! —¿Petra Tregneu? —Sí. Se oyeron una porción de alegres exclamaciones: —¡Petra!... ¡Nuestra pobre Petra! Se cambiaron apretones de manos y abrazos. La dirigieron un sin fin de preguntas. —¿Ya vuelves al país? —¿Te quedarás aquí? —¿Qué te ha ocurrido? No necesitaba contestar; su duelo era visible. ¡Viuda! La niña se había quedado atrás, en el dintel de la puerta, molestanda por el humo y el fuerte olor de aquel antro, donde apenas se veía. —¿Y la niña de quién es, tuya? Ella contestó no queriendo explicarse. —¡Sin duda! Rufin la había encargado que no revelara nada a nadie. En el cariño que profesaba a su marido acordaba de esta orden.

